EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA PROVIDENCIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el atajo

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españo
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Cari
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlarg
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.
Llueven hijos.
Las sisas de mi mujer.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA PROVIDENCIA.

LA PROVIDENCIA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JACINTO LABAILA.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe la noche del 14 de Abril de 1863, á beneficio de D. Juan Casañer.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1863.

PERSONAS.		ACTORES.
MARIA....................	SRAS.	ALVAREZ.
CLEMENCIA..............		MUÑOZ.
ENRIQUETA..............		TENORIO.
BLASA....................		FERNANDEZ.
EL CONDE DEL VALLE....	SRES.	PIZARROSO.
ROBERTO................		CASAÑER.
ENRIQUE.................		PASTRANA.
RAMON..................		RODRIGUEZ.

Madrid. Epoca, actual.—Estacion, verano.

Por obsequio al beneficiado y al autor Doña Adela Alvarez se encargó del papel de Maria.

Á LAS EMPRESAS DE PROVINCIAS.

El autor suplica á los directores de escena que, para el mayor brillo de la obra, confien el papel de *Maria* á una actriz de facultades, imitando el loable ejemplo de la excelente primera dama Doña Adela Alvarez, que lo ha desempeñado en Madrid.

Á PEPE IRANZO.

Querido Pepe: Al frente del primer drama que he representado en los teatros de Madrid quiero que vaya el nombre del primero de mis amigos; por eso pongo el tuyo.

Como recuerdo cariñoso de la fraternal amistad que nos une hace mas de veinte años, te lo dedica

Jacinto.

Madrid 20 de Abril de 1863.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala lujosamente adornada en casa del Conde del Valle. Puertas laterales y al foro. La de la derecha, conduce á la habitacion de Clemencia; la de la izquierda, á la del Conde. Un velador en medio de la sala: reloj de sobremesa, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

RAMON, BLASA.

Blasa sale de la habitacion de Clemencia, Ramon por el foro.

BLASA. ¿Ya se ha marchado el doctor?
RAMON. Ahora se marcha.
BLASA. ¿Y qué opina?
RAMON. Que no encuentra medicina
para curar el dolor:
estas son sus expresiones.
BLASA. Si eso dice, dice bien,
porque opino yo tambien...
RAMON. ¿Tambien tienes opiniones?...
BLASA. ¿No he de tener, Ramon? Yo,
¿no estoy siendo su enfermera?
¿Duermo una noche siquiera
lejos de su cama?
RAMON. No.

BLASA. ¿Todo cuanto á ella le pasa,
al punto no me lo cuenta?
¿Soy doncella y confidenta,
ó no?
RAMON. Tienes razon, Blasa.
BLASA. Por eso puedo opinar...
Estoy en los pormenores...
Todo lo de sus amores
me lo quiere confiar.
RAMON. Mal pleito lleva; la olvida
don Enrique.
BLASA. Ya lo sé;
la señorita lo vé,
y esto la tiene abatida
y enferma. ¡Tanto ha sufrido
por él!
RAMON. Es muy desgraciada.
BLASA. ¡Está tan enamorada,
tanto!...
RAMON. Trabajo perdido.
BLASA. ¡Qué quieres!
RAMON. ¿Ya le pasó
el último ataque?
BLASA. Si.
RAMON. ¿Está aun en la cama?
BLASA. Allí
está.
RAMON. ¿Aun atacada?
BLASA. No.
RAMON. ¡Si ahora viviera su madre,
que la tenia un cariño!...
BLASA. ¿La conociste?
RAMON. De niño...
Aun era jóven su padre;
yo sirvo ya en esta casa
mucho tiempo...
BLASA. Ya lo sé.
RAMON. He entrado aqui con buen pié.
BLASA. Y yo.
RAMON. No lo ignoro, Blasa;
es buen amo.
BLASA. Si, Ramon;

bueno lo hemos escogido.
¡Pero cómo ha envejecido!
¡Si parece un setenton!

RAMON. ¡Y está mucho mas adusto!

BLASA. El señor Conde padece
y, es natural, se envejece
pronto con tanto disgusto.

RAMON. Asi tambien me lo explico.
El rico tiene á millares
los disgustos, los pesares,
y... no se puede ser rico.

BLASA. ¡Eh! ¡música celestial!

RAMON. Un encargo se me olvida
del señor Conde... ¡por vida!
¡qué memoria tan fatal!
Adios.—Si puedes, evita
enriquecerte.

BLASA. Si, si,
no lo he de evitar...

RAMON. Aqui
tienes ya á la señorita.

ESCENA II.

CLEMENCIA, BLASA.

Clemencia sale pálida y débil, pero con fortaleza de espíritu, vá á sentarse en una butaca, y Blasa sale á su encuentro y la ayuda.

BLASA. ¡Levantada!...

CLEM. Me ha pasado
el síncope, estoy mejor.
Vuelvo ya á tener color,
y el pulso no está alterado.
En el lecho me aburria
en vez de encontrar reposo;
¡mi cuarto es tan caloroso!

BLASA. ¡Mucho mas me cuidaria
si como usted estuviera!

CLEM. Si, tú estarias exánime.
¡Como eres tan pusilánime!
Mas yo soy de otra manera.

BLASA. No haga usted caso, y verá.
Si su enfermedad descuida,
pondrá en peligro su vida.

CLEM. La vida siempre lo está.
Con débil naturaleza
he nacido y enfermiza,
mi existencia se desliza
con vacilante torpeza,
sufro un eterno combate;
para lucha tan penosa
tengo un alma valerosa,
un alma que nada abate,
y nunca pierdo la calma;
á mi débil complexion
vence con obstinacion
la fortaleza del alma.

BLASA. Sin embargo, señorita,
usted podia aliviarse,
y es mas, debia curarse,
puede usté, y lo necesita.

CLEM. ¡Yo, Blasa! Mi enfermedad
no la cura ciencia humana,
no es física, no, dimana
de otro orígen.

BLASA. Es verdad.
No es necesario que explique
que nace de los dolores
que á usted causan los amores
con el señorito Enrique.

CLEM. ¡Eso te figuras!

BLASA. Si.

CLEM. ¿Qué sabes tú?

BLASA. Lo colijo.
El facultativo dijo,
y con atencion lo oí,
que han creado su dolencia
sinsabores contumaces,
causándole esos tenaces
desmayos con tal frecuencia.
Yo me fio del doctor
si el mal de las penas viene,
usté otras penas no tiene

que las penas del amor.

CLEM. Mi enfermedad no deplores.
¿Nació de amorosas penas?
Pues hoy rompo las cadenas
de mis fatales amores.

BLASA. ¿Si?

CLEM. Te lo quiero decir,
y que es un secreto advierte,
no es el temor á la muerte
lo que me hace desistir.
Es que mi orgullo se hiere
con los desaires de Enrique,
es... ¿qué quieres que te explique?
es... que él... ya no me quiere.
Veo que de dia en dia
me tiene mas olvidada;
veo que ya su mirada
no se encuentra con la mia.
Pocos ratos pasa ya
aqui; de venir se abstiene;
casi siempre triste viene,
y siempre triste se vá.
Hasta á mi mismo dolor
su larga ausencia hace agravios.
¡Ya no acentúan sus labios
la sonrisa del amor!

BLASA. Mucho tiempo lo presumo,
señorita, y no me pasma...

CLEM. Su amor ha sido un fantasma
que se desvanece en humo. (Dan las siete.)
Las siete ya, y no ha venido.
Verle tampoco deseo.
¡Dos dias que no le veo!
¡Dos dias han transcurrido!
Mas no puedo tolerar...

BLASA. No lo debe usted sufrir...

CLEM. Con él voy á concluir.
Como amante no ha de entrar
nunca ya en mi habitacion.
Esto voy á prohibirle.
¡Si pudiera despedirle
tambien de mi corazon!

Haré un esfuerzo potente;
para eso en mi auxilio llamo
todo mi valor. Le amo
cuatro años constantemente.
Mi dignidad pide ya
que estos amores concluya;
¡pero mi alma tras la suya
siempre enamorada irá!
¡Ah! Necesito calmarme,
y olvidando sus agravios,
con la sonrisa en los labios
reñir con él y matarme. (Llora.)

BLASA. Que no vea que usted llora.

CLEM. No, Blasa, no lo verá.
Tranquila me encontrará
aunque me encontrara ahora.
Mi orgullo me dá valor.

BLASA. Luego le irá usté olvidando.

CLEM. Si, Blasa; el tiempo pasando.
(No sabe lo que es amor.)

ESCENA III.

DICHAS, ENRIQUE, con un ramo.

BLASA. En nombrando al ruin de Roma...
Cólmele usted de reproches.

ENRIQUE. Clemencia, muy buenas noches.

CLEM. Bien venido, Enrique.

ENRIQUE. (Ofreciéndole el ramo.) Toma.

CLEM. To te agradezco esas flores;
has venido muy galante;
(Rechazándolo.)
pero, Enrique, en este instante
me trastornan los olores.
Vete.
(Se vá Blasa á la indicacion de Clemencia.)

ENRIQUE. (Ella misma dá pié;
Me alegro.) ¿Estás disgustada?

CLEM. ¿Yo? ¿Por qué?

ENRIQUE. ¿Estás delicada?

CLEM. Tú dirás... (Con intencion.)

ENRIQUE. Yo no lo sé.
CLEM. ¿Qué quieres que esto me pruebe?
Que ingrato eres con exceso,
que yo ya no te intereso,
que nada en mí te conmueve.
Para que luego blasones
de amante fiel que no has sido,
sabe que anoche he tenido
violentas palpitaciones.
ENRIQUE. Nada sabia.
CLEM. Pues bien,
no saberlo es tu delito.
ENRIQUE. Clemencia, ya estoy contrito
y arrepentido tambien.
En prueba de amante oculto
permite que te dedique...
(Volviéndole á ofrecer el ramo.)
CLEM. No admito jamás, Enrique,
tras de la falta el insulto.
ENRIQUE. ¡No te comprendo!...
CLEM. Que abone
tu ruin conducta apeteces,
y ahora ese ramo me ofreces
para que yo te perdone.
¡Mi perdon! No has de obtenerlo;
que si tú lo apetecieras,
no á sobornarme vinieras,
procuraras merecerlo.
ENRIQUE. No sé cómo.
CLEM. Y estudiar
cómo no deseas.
ENRIQUE. Si...
CLEM. Nada sientes ya por mí,
¿cómo lo has de procurar?
ENRIQUE. Yo...
CLEM. Pues no logro que vibre
en tu alma, al amor ajena,
mi pasion, que es tu cadena,
la rompo al fin... ¡ya eres libre!
(Haciendo un visible esfuerzo.)
ENRIQUE. No es cadena...
CLEM. Basta ya.

Tu amiga... soy desde ahora.
(Clemencia, al marchar, llora, y al sacar el pañuelo Enrique lo observa.)
(No me ama ya.)
ENRIQUE. ¡Llora!... ¡Llora!...
CLEM. (¡Ingrato! me matará.) (Se vá á su habitacion.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Siento que Clemencia me ame
no pudiéndola querer.
¡Y yo la causa he de ser
por la que llanto derrame!
¡Llorando la ví salir,
á ella, que es tan orgullosa!
No puede hacer otra cosa.
No sé, no quiero mentir.
Veo brillar otra estrella
en el cielo de mi vida,
y mi alma desvanecida
piensa en ella, solo en ella.
Este amor es tempestad;
huyo de su remolino;
mas su ciego torbellino
arrastra mi voluntad.
Como ella, nadie, ninguna
me ofrece encanto mayor;
y aunque es muy pobre, ¡el amor
se rie de la fortuna!
Voy á verla; la diré
que ya sin rival está,
que soy libre; me amará
y venturoso seré. (Vá á marchar.)

ESCENA V.

DICHO, ROBERTO.

Al salir Enrique por la puerta del foro, tropieza con Roberto que entra y le detiene.

ROB. ¿Adónde corres?
ENRIQUE. ¿Roberto?
ROB. Tengo que hablarte.
ENRIQUE. Pues habla
y sé breve.
ROB. Ten paciencia;
gastaré pocas palabras.
¿Crees que yo soy tu amigo?
¿Desde la fecha que data
nuestra amistad, no te he dado
de mi afecto pruebas varias?
ENRIQUE. Muchas. Eres buen amigo;
pero ese exordio me pasma.
Di... ¿qué quieres?
ROB. ¿Me autoriza
mi amistad antigua y franca
para ser contigo ingénuo,
Enrique?
ENRIQUE. ¡Quién lo dudará!
ROB. Pues hablando con el tono
que á mi carácter se adapta,
te digo que tu conducta
torcida me desagrada,
y en tí, que eres tan honrado,
sobremanera me extraña.
ENRIQUE. No hay mancilla en mi conducta,
no hay en mi vida una mancha.
ROB. Galanteas á Clemencia
como á Enriqueta, y te halaga
entretener dos mujeres
que con ceguedad te aman,
y juegas con su cariño
y te divierten sus lágrimas.
ENRIQUE. Eso no es verdad, Roberto,

y voy á abrirte mi alma
para que leas en ella
sus mas escondidas páginas.
Fué la primera mujer
que al salir yo de la infancia
brilló á mi vista, Clemencia.
Conocia que llegaba
á un período de la vida
nuevo para mí; mi alma,
rebosando de cariño,
verterse necesitaba
en otra, y formar el grupo
que felicidad se llama;
ese grupo que componen
cuando se adoran dos almas.
De mi cariño á Clemencia
como... el que sediento se halla
y bebe en el primer vaso
que vé, sin mirar al agua.
Mas cuando ví otras mujeres,
cuando pude compararlas,
perdí el amor á Clemencia,
me convencí, por desgracia,
que su alma pura no era
le gemela de mi alma.
Ví á Enriqueta y conocí
cuán alucinado estaba:
cuando ví la luz del sol
la de la luna hallé opaca.
Amé á Enriqueta.

ROB. Á las dos.

ENRIQUE. No.

ROB. Si á Clemencia no amaras
concluyeras tus amores;
tu lealtad lo reclamaba.

ENRIQUE. Ahora los he terminado.

ROB. ¿Si?

ENRIQUE. Y á pesar de sus lágrimas,
si fingir querido hubiera
fácilmente la engañara.

ROB. Me reconcilia contigo
tu digna conducta.

ENRIQUE. Honrada
como siempre.
ROB. Dime ahora: ¿amas
á Enriqueta? ¿La amas,
ó es un devaneo?
ENRIQUE. La amo,
y con pasion insensata.
ROB. ¿Sabes que es pobre?
ENRIQUE. Lo sé.
ROB. ¿Que ella con sus manos gana
su sustento, que es muy pobre,
nacida en la clase baja,
sin padre, sin otra dote
que la pureza del alma?
ENRIQUE. Nada ignoro desde el dia
que me llevaste á su casa.
ROB. Sabiéndolo todo, ¿insistes
en quererla?
ENRIQUE. Si.
ROB. ¿Y rayan
tu pasion ó tu capricho
tan altos, que aunque os separa
un abismo tú te atreves
á salvar esa distancia,
y á la faz del mundo entero
conducirla al pié del ara?
ENRIQUE. Será mi esposa Enriqueta
si me corresponde.
ROB. Te ama.
ENRIQUE. Roberto, ¿es verdad?
ROB. Lo sabes
como yo, ¿por qué te pasmas?
ENRIQUE. Su labio no me lo ha dicho,
pero me ha dado esperanza.
ROB. Sabes que es tuyo su amor,
mas ¡ay de tí si la engañas!
Si es tu amor un devaneo,
si no tienes confianza
en tu pasion, aun es tiempo;
desiste.
ENRIQUE. Nunca.
ROB. No hagas

que contra tí se convierta
mi amistad: si con audacia
tú la requieres de amores
para en seguida olvidarla,
ya sabes que soy muy diestro
en el juego de las armas,
y que donde pongo el ojo
sé tambien poner la bala,
y me batiré contigo
y morirás.

ENRIQUE. Amenaza
que yo extraño y que á mi vez
quiero que me expliques: habla.
¿Por Enriqueta y su madre
tú tal interés? ¿Qué causa
á ese corazon de mármol
hace que por algo lata?

ROB. Es la gratitud, el único
sentimiento de mi alma.
Á ellas les debo la vida,
vida que poco me halaga;
pero se la debo. Pobres
son y nadie las ampara
mas que yo: de esta manera
pago una deuda sagrada.
¿Es tu pasion verdadera?
Reflexiónalo con calma.

ENRIQUE. Juro que será mi esposa;
y voy á participarla
que estoy libre de Clemencia;
Vamos pues.

ROB. Espera. (Toca un timbre.)

ENRIQUE. ¿Llamas?

ROB. Debo al Conde una disculpa,
y al salir quiero pagársela.

ESCENA VI.

DICHOS, RAMON.

RAMON. ¿Llaman ustedes?

ROB. Escucha.

RAMON. En su gabinete aguarda
mi señor á usté hace un rato. (Á Roberto.)
BOB. Pronto vuelvo.
RAMON. ¿Usted se marcha?
BOB. Si, dile que me dispense;
un negocio de importancia
que me ocupará un momento
hace que á verle no vaya
ahora.
RAMON. Se lo diré.
BOB. Vamos, Enrique, á su casa. (Se van por el foro.)

ESCENA VII.

RAMON.

Yo á cumplir mi obligacion;
á dar al Conde la exacta
relacion de mi espionaje.
Muchas noticias y malas.
Pero aqui viene. ¡Qué triste!
¡Qué recelosa mirada!
En un año ha envejecido
y se ha cubierto de canas.

ESCENA VIII.

DICHO, el CONDE: al salir el Conde pasea una mirada recelosa por la escena, y se sienta.

CONDE. ¿Y mi hija?
RAMON. En su gabinete.
CONDE. ¡Qué opina el doctor! Di, habla
con franqueza, soy su padre,
por eso el doctor me engaña.
RAMON. Dice que la señorita
debia mudar de aguas,
procurar vivir tranquila
sin disgustos que la agravan
y...
CONDE. Cada dia mayores
los recibe, por desgracia!

¿Pero su vida peligra?

RAMON. El dice que si le atacan
con mas frecuencia los síncopes
podrá ser...

CONDE. ¡No hay esperanza! (Pausa corta.)
¿Has hecho averiguaciones?

RAMON. Las he hecho, señor.

CONDE. Pues habla.

RAMON. Cuando el señorito Enrique
por la noche de aqui marcha
dejando á ustedes, le sigo
espiando sus pisadas,
cumpliendo siempre fielmente
todo cuanto usted me manda,
y sé que todas las noches
entra en una misma casa,
en esta calle, muy cerca,
y hasta ahora muy avanzada
allí permanece, el tiempo
gastando en sabrosa plática.

CONDE. ¿Quién vive allí?

RAMON. Dos modistas,
madre é hija.

CONDE. ¿Cómo se llaman?

RAMON. La hija se llama Enriqueta.

CONDE. ¿Crees que vá á enamorarla?

RAMON. Lo creo y lo sé, me consta
por la vecindad.

CONDE. ¡Liviana
murmuracion será acaso!

RAMON. No, no, es la verdad exacta.
Yo sé quién el galanteo
ha oido.

CONDE. ¡Mayor desgracia!
¿Es mas hermosa Enriqueta
que Clemencia?

RAMON. No la faltan
atractivos...

CONDE. ¡Si supiera! ..
¿Sabes, Ramon, si es honrada?

RAMON. Eso, señor, no lo sé.
No dá escándalos.

CONDE. No basta
saber eso.
RAMON. Don Roberto
ha de saber mas, las trata
con la intimidad mayor,
casi allí vive, allí pasa
dias enteros.
CONDE. ¿De veras?
RAMON. La tutea y la regala,
y... Él es rico, jóven...
CONDE. (Con mucha intencion.) ¿Crees?...
RAMON. Yo, señor, no creo nada,
pero...
CONDE. ¿Qué?...
RAMON. La vecindad
tiene la lengua tan larga,
que murmura... Usted ya sabe
que murmurar es la salsa
de la conversacion.
CONDE. Bien...
Don Roberto sin tardanza
vendrá...
RAMON. Hace poco ha venido
y se ha marchado.
CONDE. ¿Qué causa
hizo que no entrara á verme?
RAMON. Díjome que se marchaba
para volver en seguida.
CONDE. (Cuando le vea, con táctica
proruraré averiguar.)
Vete, y á Clemencia llama.
(Se vá Ramon.)

ESCENA IX.

El CONDE.

Todo lo comprendo bien.
Veo claro lo que pasa.
Otro amor á Enrique abrasa,
de esto nace su desden.
¡Y de mi hija la salud,

el sentimiento tan casto,
habrán de servir de pasto
á tan negra ingratitud!...
Enrique, tan vil empleo
no dará á su corazon.
No sentirá esa pasion,
será solo un devaneo.
Sus años, él ya no es niño,
su posicion, su opulencia,
prueban hasta la evidencia
que es absurdo ese cariño.
Pero ¡ay! la cabeza en vano
que eso es un absurdo entiende;
mas, ¿quién descifrar pretende
del corazon el arcano?
Yo, que niego esta pasion,
yo, altanero y noble, ayer
no adoraba á una mujer
de muy baja condicion!
Yo, que tengo en tanto aprecio
el fausto deslumbrador,
yo, no sentia un amor
inverosímil y necio!

ESCENA X.

DICHO, ROBERTO.

ROB. Conde...
CONDE. Adelante, Roberto.
(Este sabrá...)
ROB. Mi retardo
dispense usted.
CONDE. No hay por qué.
Si yo le estuve esperando
fué por darle cuanto antes
las cartas para los baños
de Vichy.
ROB. ¿Ya estan escritas?
CONDE. Está usted recomendado.
Tome usted, Roberto. (Le dá las cartas.)
ROB. (Tomándolas.) Gracias...

Mi esposa me está esperando
en esos baños, y pronto
deseo estar á su lado.
Señor Conde, este favor
pagarle impaciente aguardo,
hombre soy agradecido,
y en cuanto yo puedo y valgo...

CONDE. Acepto, pues, esa oferta,
y voy con su beneplácito
otro favor á pedirle,
por su amistad alentado.

ROB. Pida usted, Conde.

CONDE. Roberto...
quizás le parezca extraño
mi proceder... otros padres
no procedieran acaso
como yo, las circunstancias
me empujan, con sobresalto
vivo; padre cariñoso,
perspicaz, veo nublado
el cielo de la ventura
de mi hija, y aunque lejanos,
oigo los truenos, y temo
mirar descender el rayo.
Quiero hablarle de Clemencia.

ROB. ¿Á mí?...

CONDE. Si.

ROB. Hable usted claro;
atento le escucho.

CONDE. Mi hija,
que nació con sino infausto,
ha sentido por Enrique
desde sus mas tiernos años
un amor ciego, sin límites;
y unidos con dulces lazos
han sido amantes dichosos
muchísimo tiempo entrambos.
La salud de mi Clemencia
mejoraba en curso rápido;
mas vino un dia en que Enrique
sin razon se fué cansando
de los amores de mi hija,

y ella sufrió un desengaño
que la afectó de tal modo,
que su dolencia ha agravado
hasta el punto de temer
por su vida. Padre cauto,
he procurado indagar
el motivo que ha entibiado
el amor de Enrique, y supe,
con el mayor sobresalto,
que otra mujer le usurpaba
su cariño. Me han contado
que amiga es de usted...

ROB. Es cierto.

CONDE. Que ella es pobre, que su amparo
es usted.

ROB. Si.

CONDE. Pues saber
deseo yo por sus labios
si es verdadera pasion
lo que á Enrique le ha inspirado,
ó es un pasatiempo efímero.
Sea usted, Roberto, franco.

ROB. Enriqueta en baja cuna
se meció; mas sin embargo
es muy capaz de inspirar,
Conde, pensamientos altos.

CONDE. No lo dudo; mas deseo
saber si los ha inspirado.

ROB. Enrique me lo juró;
y aunque yo no soy tan cándido
que dé crédito á las frases
de un jóven alucinado,
como tengo su palabra
y sé que es formal y exacto
en cumplirla, por ahora
en su lealtad descanso;
pero si engaña á Enriqueta,
yo de vengarla me encargo.

CONDE. ¡Se toma usté un interés (Con ironia.)
por esa jóven!... me pasmo
de tanto cariño! ¡Deben
unirlos estrechos lazos! (Con intencion.)

ROB. Vínculos estrechos, Conde,
estrechos, pero muy santos.
CONDE. Siento que dándole ejemplo
no quiera usted ser mas franco.
Soy viejo y he sido jóven;
como todos he pagado
mi tributo á los placeres.
Ocioso y rico, mis años
en amantes aventuras
ví, como usted, pasar rápidos.
Yo de otra mujer humilde
ligado estuve en los lazos;
amor la juré, y los dos
amantes horas pasamos;
mas lo supieron mis padres,
que tenian concertado
mi casamiento con una
rica heredera, y al cabo
la abandoné por casarme,
y la abandoné llorando.
Que era madre supe luego.
¿Qué hacer? Á tiempo pasado...
son juveniles deslices...
ROB. No, Conde; usted fué un ingrato.
CONDE. Ingratitud muy comun,
Roberto; todo lo humano
impreso lleva ese sello.
Usted, el tiempo pasando,
como yo, de esa mujer
olvidará los encantos.
No debe usté echarme en cara...
ROB. Es que yo no estoy manchado
por la ingratitud, y puedo.
En mi vida no hay un rasgo
criminal; si no soy bueno,
Conde, nunca he sido malo.
La mujer que usted insulta
sin conocer, es dechado
de virtud, es muy honrada;
su corazon es tan casto,
que á ella misma ruboriza
un pensamiento liviano.

CONDE. Pues entonces no comprendo
por qué la protege tanto.

ROB. Por gratitud. Tuve un duelo,
en el que murió el contrario,
no sin causarme una herida
que me puso en tal estado,
que perdí el conocimiento
cuando á casa me llevaron
los padrinos; yo vivia
solo en Madrid, en un cuarto
debajo de las modistas:
lo supieron en el acto,
bajaron á verme, y todos
los auxilios me prestaron
ellas; del pié de mi lecho,
no con caridad, con grato
afecto, ni un solo instante
entrambas se separaron,
salvándome de la muerte
sus maternales cuidados.
Desde entonces las protejo:
de Enriqueta soy hermano,
y no soy mas porque ya
unido estaba con santo
juramento á otra mujer,
no pcr cariño acendrado,
sino por...

CONDE. Por gratitud.

ROB. Por gratitud. ¿Es acaso
cariño lo que nos une
con indisolubles lazos
á una mujer que nos dobla
el número de los años?
El interés ó el deber
los atan, ó acaso entrambos,
y, Conde, hasta el matrimonio
solo el deber me ha impulsado.
Mi esposa desde la infancia,
desde tiempo muy lejano,
era amiga de mi padre,
comerciante desgraciado,
que iba á quebrar, cuando ella

puso su caudal en manos
de mi padre, sin ningun
interés, y nos salvamos.
Cariño me profesaba,
y yo por no ser ingrato
fuí su esposo, y no lo siento.
Es feliz. Este es mi hado.
Mi vida de gratitudes
es un continuo rosario;
quizás no soy muy feliz,
mas tampoco desgraciado.
Logro á veces la ventura
dar á alguno, y... algo es algo.

(Pausa. El Conde se distrae durante el parlamento anterior, siempre fijo en su idea.)

CONDE. ¿Enriqueta corresponde
á Enrique?

ROB. No hay que dudarlo.

CONDE. ¿No ama en él la posicion?
¿Acaso no habrá pensado
que siendo esposa de Enrique
gana en esplendor y rango?

ROB. No, Conde, estoy muy seguro.
Ama á Enrique... por amarlo.

CONDE. ¿Y no querrá desistir?

ROB. ¿Desistir? ¡Si no ha soñado
otra ventura en su vida
que ese amor!...

CONDE. Funesto dardo
que asesinará á mi hija,
Roberto.

ROB. ¡Eh! No; los años
traen el olvido consigo.
No mata el amor.

CONDE. No, cuando
fuerte la naturaleza
lucha con él brazo á brazo...
Pero mi hija...

ROB. Olvidará.

CONDE. Nunca, no.

ROB. ¿Tiene usted algo
que mandarme?

CONDE. Nada... nada.
ROB. Hasta la vista. (Se vá.)
CONDE. (Es de mármol.)

ESCENA XI.

El CONDE.

¡Bella, encantadora, pura
y amada con fanatismo,
Enriqueta es un abismo
entre mi hija y su ventura!
Todo contra ella conspira.
¿Qué haré? Romperé ese dique.
¿Y cómo? ¿Cómo? Si Enrique
es el aire que respira!
Pues mi hija no ha de morir,
¡tengo á Enrique que atraer?
¿Cómo? Si no puede ser.
¡Es preciso discurrir!
Que lo que quiera me nombre,
y es suyo sin duda alguna.
¡Perderia mi fortuna
por el amor de ese hombre!

ESCENA XII.

El CONDE, CLEMENCIA.

CONDE. ¿Vienes triste?
CLEM. Triste vengo.
CONDE. ¿Qué tienes? Con confianza
dime.
CLEM. Perdí la esperanza,
no me preguntes qué tengo.
CONDE. Te martirizas asi
agravando tu dolencia;
aun no tienes la evidencia
de que te olvide.
CLEM. Si, si.
CONDE. Puede ser eso un error
que te venga á alucinar.

¿Cómo Enrique ha de olvidar
cuatro años de firme amor?

CLEM. ¡Ay!

CONDE. Hija, por Díos no llores.

CLEM. Tengo una rival.

CONDE. ¿Qué dices?

CLEM. Lo sé por Ramon, felices
los dos, se dicen amores.

CONDE. Ten, hija, resignacion.
No merece amor tan loco
hombre que vale tan poco,
que es capaz de esa traicion.
Ven aqui, á mis brazos, ven,
y alivio hallarán tus males,
ven; mis brazos paternales
te servirán de sosten.
De padre el amor profundo
es el amor verdadero.
¡Hija, como yo te quiero
nadie te querrá en el mundo!

CLEM. Ya lo sé.

CONDE. Pues seca el llanto
y olvida á tu Enrique infiel.
No llores, no es digno él
de que tú le llores tanto.

CLEM. Le olvidaré, padre mio,
y con semblante sereno;
si, si, ¿pero con qué lleno
este hueco, este vacio?

CONDE. Con el raudal de ternura
que en tí tu padre derrama,
con esta constante llama
que alumbra tranquila y pura.
Con este amor tierno y fuerte
que en el alma Dios coloca,
que el olvido no sofoca,
que solo extingue la muerte,
que dá goces superiores,
y amor paternal se nombra,
y á cuyo lado... son sombra
todos los demas amores.

CLEM. ¡Si asi me quisiera Enrique!

No quiero pensar en él.
CONDE. Hija mia, no cruel
ese amor te mortifique.
Tu alma sensible no olvida...
CLEM. ¡Padre!
CONDE. (No le olvidará.) (Ap.)
CLEM. Tras de él sin querer se vá
el corazon y la vida.
Á mi pesar me alimenta;
y sin él me quedaré,
es verdad, mas moriré,
pero moriré contenta.
CONDE. (Mi hija al precipicio cae;
este amor la vá empujando.
Está al abismo mirando
que la repele y la atrae.
¡Ah! No quiero que la atraiga,
desesperado es el medio,
pero no hallo otro remedio,
es preciso que no caiga.)
Haré lo que á tí te cuadre.
(Tomando una gran resolucion.)
¿Quieres su amor? Lo obtendrás,
¡Será tu esposo! verás
de lo que es capaz un padre.
(Se vá á su habitacion.)

ESCENA XIII.

CLEMENCIA, luego RAMON.

CLEM. ¡Delira! Inútiles son
de mi padre los desvelos.
¡Cómo sufro! Estan los celos
rasgándome el corazon.
¡Sufriendo tanto no lloro!
¿Tanto vale esa mujer
tan humilde, que ha de hacer
suyo mi único tesoro?
En alta esfera nací,
rica, codiciada y bella.
¿Quién es ella? ¿quién es ella

para compararse á mí?
¡Ah! Voy á hacerla temblar. (Toca el timbre.)
Frente á frente la he de ver,
deseo darme el placer
de hacerla ruborizar.
¿Ramon?

RAMON. ¿Señorita?

CLEM. Ven.
Quiero que estés prevenido.
Voy á comprarme un vestido.
Vas á compañarme:

RAMON. Bien.
¡Ahora!

CLEM. Si.

RAMON. Veo con pena
que usted vá á salir.

CLEM. ¿Por qué?

RAMON. Está usted tan débil que...

CLEM. ¡Si estoy buena! ¡Estoy muy buena!

RAMON. Sin embargo.

CLEM. Es mi deseo
y no esperes que desista.
¿Dónde vive esa... modista?

RAMON. En esta calle, yo creo
que en el número sesenta,
cuarto tercero.

CLEM. Me visto
en seguida.

RAMON. Yo estoy listo.

CLEM. Calla, y me tendrás contenta.

RAMON. Bien, bien; yo lo callaré.

CLEM. Sobre todo á mi papá.
¿Oyes, Ramon?

RAMON. Bien está.

CLEM. (La veré, yo la veré.) (Se vá á su habitacion.)

ESCENA XVI.

RAMON, y en seguida el CONDE, vestido.

RAMON. Lo que á la pobre la pasa
es serio y mucho me inquieta.

CONDE. ¿En dónde vive Enriqueta?
RAMON. En esta calle.
CONDE. ¿En qué casa?
Di.
RAMON. En el número sesenta,
tercero.
CONDE. ¿Tú estás seguro?
RAMON. Si, es un portal oscuro
y...
CONDE. Basta. Lo tendré en cuenta.
(Mas tarde pienso ir allá.)
No sé cuándo volveré.
(La veré, yo la veré.)
(Váse por el foro.)
RAMON. (Pues señor, tormenta habrá.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Maria: casa pobre: puerta al foro, dos á la derecha y una á la izquierda. Velador de pino; en él un velon encendido: á su alrededor Maria, dormida sobre la labor, Enriqueta cosiendo un vestido, Enrique á su lado. En medio de las dos puertas un retrato de Maria, y enfrente una Vírgen de los Desamparados.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA, ENRIQUE y MARIA.

ENRIQUE. ¿Se ha dormido?
ENRIQ. Hace dos noches
que mi pobre madre vela.
¡Tenemos tanto trabajo!
ENRIQUE. Pues entonces que se duerma
no es extraño. ¿Tienes sueño?
ENRIQ. Esa pregunta es ofensa.
ENRIQUE. No es mi intencion ofenderte.
ENRIQ. Á tu lado...
ELRIQUE. ¿Tú despierta
estarias siempre?
ENRIQ. Siempre,
Enrique.
ENRIQUE. Dulce Enriqueta,
el que alcanza tu ternura,

¿qué ha de envidiar en la tierra?
ENRIQ. Pues sin embargo, el cariño
de una jóven tan modesta
como yo, del que le alcanza
entero el pecho no llena.
ENRIQUE. Eso dices porque el alma
no es un espejo; si fuera,
en el mio reflejarse
una imágen hechicera
verias, una... la tuya,
sola la tuya, Enriqueta.
ENRIQ. ¡Enrique, porque soy pobre
en deslumbrarme te empeñas!
Ten compasion, no me engañes
porque me ves inexperta.
Mira que todas tus frases
caen en mi alma como perlas,
y en su fondo de cristal
con voz simpática suenan.
Mira que ellas en mi estado
constituyen mi riqueza,
porque el lujo de los pobres
es el amor, y en tí fuera
una crueldad inhumana
privarme de esa opulencia.
ENRIQUE. Por la sombra de mi madre,
por cuanto existe en la tierra
sagrado, juro que tú
eres mi pasion, mi entera
felicidad. Fuera infame
si con hipócrita lengua
te engañase; fuera torpe
si entrara sin reverencia
en el santuario de tu alma,
donde la fé pura reina,
santuario que con su incienso
embalsama mi existencia.
ENRIQ. Enrique, aunque llegue un dia
que amor hácia mí no sientas,
háblame asi, siempre asi.
¡Esta mentira es tan bella!
ENRIQUE. Si esta pasion es mentira,

todo es mentira en la tierra.
¿Por qué dudas que te ame?
¿No es bastante tu belleza
para poder inspirarme
esta pasion grande, inmensa?
Y para poder sentirla,
¿no es mi alma bastante tierna?

ENRIQ. ¡Oh! si, si; pero el recuerdo
de otro amor acaso queda
mal apagado en tu alma
no convertido en pavesas.

ENRIQUE. Ya sabes que he quebrantado
las amorosas cadenas
que á mi pesar me ligaban
á otra mujer, á Clemencia.
Ya sabes que sin pretesto,
solo por tu amor, romperlas
intenté, y tampoco ignoras
que á pesar de amarme ella
las rompí; que á esa mujer
miro con indiferencia
desde que te he conocido;
si esto no tienes por pruebas
de cariño, y no te bastan
para que dudas no tengas,
juro que serás mi esposa,
y esta es mi prueba postrera.
Cuando tu madre despierte,
pido tu mano, Enriqueta.

ENRIQ. ¡Y llevarás al altar
á una pobre costurera!
Tú que de elevada estirpe
á señoras opulentas
puedes unirte, ¿querrás
bajarte hasta mí?

ENRIQUE. Enriqueta,
si tú para enamorarme
otro encanto no tuvieras
que el encanto delicioso
de tu cándida modestia,
ese solo me incitara
á que el alma te rindiera.

ENRIQ. ¡Adulador! Tu familia,
que acaso enlazarte piensa
con alguna dama noble,
con repugnancia admitiera
tan desigual matrimonio,
y yo seria la tea
de la discordia en el seno
de tu familia, y me apena
pensar que mi amor te cuesta
acaso lágrimas. Deja,
pues mi suerte así lo quiere,
que vegete en mi pobreza:
yo padeceré contigo
si pesares te atormentan;
pero, Enrique, yo no quiero
nunca que por mí padezcas.

ENRIQUE. Ese sublime egoismo
muestra tu delicadeza,
pero no puedo aceptarlo.
Sin padres y con extrema
libertad, ya por mis años
á ninguno rindo cuentas
de mi conducta, á ninguno.
Habla claro: ¿es que te niegas
á ser mi esposa? ¿Es que temes
que yo te engañe? Sé ingénua.

ENRIQ. No, no temo que me engañes.
Estoy de tu amor contenta
y orgullosa. Irresistible
oigo en mí una voz interna
que está hablando al corazon
y me dice que te crea.
Ni me niego á ser tu esposa.
Pero me deja suspensa
esta honra que no merezco
y que ni soñé siquiera.

ENRIQUE. Pruébame tu amor, admite.

ENRIQ. Admito con complacencia.
Pasar la vida á tu lado
es mi esperanza risueña;
vivir contigo es vivir
en el cielo, no en la tierra.

(Se estrechan las manos.)

MARIA. ¿Qué hora es?

ENRIQ. Mi madre.

ENRIQUE. ¿Qué hora?
Las ocho.

MARIA. ¡Ya! Mira, arregla
en un pañuelo los trajes
de la señora marquesa;
voy á devolverlos.

ENRIQ. ¿Ahora?

MARIA. Lo prometí, y los esperan
esta noche.

ENRIQ. Voy por ellos. (Se vá.)

ESCENA II.

MARIA, ENRIQUE.

ENRIQUE. Voy á marcharme y quisiera
decir á usted dos palabras;
palabras que me interesan
tanto, que estoy impaciente
por decirlas.

MARIA. Con franqueza
hábleme usted. Como siempre,
para oirle estoy dispuesta.

ENRIQUE. Sabe usted que hace ya tiempo
que ví y que quise á Enriqueta,
y que mi amor ha encontrado
amante correspondencia.
Es tan grande mi cariño,
la adoro de tal manera,
que es el sueño de mi vida,
mi única esperanza es ella.
Bendiga usté estos amores,
y dándonos su licencia,
al pié del ara jurémonos
amor y constancia eterna.

MARIA. Antes de comprometerse
los compromisos se pesan.
Mi hija es muy pobre, muy pobre,
usté es rico; ¿es tan intensa

su pasion que vencedora
salga del mundo á las pruebas,
y ante él una union contraiga
que él por desigual reprueba?
Piénselo usted mucho, Enrique,
reflexione que se juega
el porvenir, que este paso
anudará su existencia,
ó bien con lazo de flores,
ó con pesadas cadenas.

ENRIQUE. Lo he pensado bien, Maria,
y nada hay que me detenga.
Si el mundo este matrimonio
por su capricho no aprueba,
poco me importa; mi mundo
es el amor de Enriqueta,
y mi mundo de este enlace
regocijado se alegra.
Quiero que sea mi esposa,
si acaso usted no se niega.

MARIA. ¿Cómo he de negarme yo
á hacer feliz á Enriqueta?
Apruebo esta union, pero antes
es preciso que usted sepa
un secreto: si al saberlo
en casarse persevera,
mi hija es su esposa. Aqui viene.
Lo sabrá usted cuando vuelva.

ESCENA III.

DICHOS, ENRIQUETA, con un pañuelo que se supone encerrar dos vestidos.

ENRIQ. Tome usted, madre.
(Dando el envoltorio á su madre.)

ENRIQUE. Tambien
salgo. Tu madre me acepta.
(Á Enriqueta al salir, mientras esta le presenta el sombrero que estará sobre una silla al lado de la puerta del foro.)
Te pedí; serás mi esposa.

ENRIQ. ¿Si? ¡qué alegria!
MARIA. (Poniéndose la mantilla.) Te quedas sola.
ENRIQ. Bien, madre.
ENRIQUE. ¡Amor mio!
ENRIQ. ¡Enrique! (Despidiéndose los dos formando grupo.)
MARIA. Vamos.
(Se van Maria y Enrique, cerrando la puerta del foro que se supone dar á la escalera.)

ESCENA IV.

ENRIQUETA.

Risueña
será mi vida á su lado,
siempre á su lado: ¡qué bella
esperanza! ¡Por ninguna
cambiaria mi existencia!
Seré suya para siempre.
Bendita, bendita seas,
(Dirigiéndose al cuadro de la Vírgen.)
Vírgen Maria, pues por
los desamparados velas,
y proteges mis amores
y socorres mi pobreza,
amparando mi orfandad,
velando por mi iñocencia.
(Llaman al fondo.)
¿Quién es? ¿Quién llama?
ROB. (Dentro.) Roberto.
ENRIQ. Me alegro de verte. Entra.
(Con extraordinaria alegria se lleva á Roberto hasta el proscenio.)

ESCENA V.

DICHA, ROBERTO.

ENRIQ. Soy muy dichosa.
ROB. Lo sé.
He encontrado en la escalera

á tu futuro, y tu madre;
he sabido que desea
ser tu esposo y te pidió.

ENRIQ. Ahora mismo. ¡Si pudieras
comprender cuánta ventura
la region de mi alma llena!

ROB. Lo comprendo.

ENRIQ. Es imposible,
Roberto. Nunca en la hoguera
voraz de un inmenso amor
te has abrasado. Sedienta,
de estos placeres en busca
nunca corrió tu existencia,
y en la fuente del amor
no vió su sed satisfecha.

ROB. ¡Que nunca he querido!... Es cierto.
Es mi corazon de piedra.—
Voy á escribir á mi esposa,
he de ir á Vichy por ella
dentro de muy pocos dias,
y es natural que lo sepa.
Papel.

ENRIQ. Allí tienes. (En el gabinete.)

ROB. Bien.
Voy, que urge el tiempo.

ENRIQ. Pues entra
á escribir, Roberto, que
voy un momento á esta pieza.
(Se vá por la derecha, y Enriqueta por la izquierda.)

ESCENA VI.

CLEMENCIA y RAMON con un envoltorio.

RAMON. Aqui debe ser.

CLEM. ¿Aqui?
Aqui no hay nadie.

RAMON. ¿Y abierta
cómo han dejado la puerta?

CLEM. No sé?

RAMON. ¿Esperaremos?

CLEM. Si.

Esa maldita escalera
incómoda y elevada,
me ha rendido. Estoy cansada.

RAMON. Siéntese usted donde quiera.
(Reconociendo la habitacion.)

CLEM. Ramon, esto es un desvan.
¿Aqui esa modista vive?

RAMON. Si.

CLEM. ¿Y aqui á Enrique recibe?
Locos los hombres estan.

RAMON. ¿Qué quiere usté?

CLEM. Ese velon
mas entristece que alumbra...
¡Y qué lúgubre penumbra
esparce en la habitacion!
¡Qué muebles!

RAMON. Mas, señorita,
son infelices.

CLEM. Lo sé.
Mas dime, Ramon, ¿por qué
si la pobreza gravita
sobre ella, su alma de roble
no viendo á su ambicion dique,
me roba el amor de Enrique
á mí opulenta, á mí noble?
Ella causa mis pesares.
Nacida en humilde esfera,
satisfacerse debiera
con amores mas vulgares.
Pero lo que no me explico,
lo que mi amor propio hiere,
es... ¡cómo Enrique la quiere!
Jóven, altanero y rico,
cómo ha podido caer
en su red, no sé explicar.
Ramon, no le debe amar,
¡si no lo puedo creer!

RAMON. Señorita, puede, puede.

CLEM. ¿Tú comprendes?

RAMON. Aunque quiero
no puedo entenderlo, pero
lo cierto es que asi sucede.

Vámonos de aqui, lograr
nada puede usted.

CLEM. No, no.

RAMON. Don Enrique la olvidó,
le debe usted olvidar.

CLEM. Cuanto me dice tu boca
con tu alma fria concuerda.
¿Pretendes que piense cuerda,
cuando me ves que estoy loca?

RAMON. Los disgustos son veneno;
bebiéndolos de esa suerte
la matarán.

CLEM. ¿Qué mas muerte
que la que llevo en mi seno?

RAMON. Vámonos de aqui, placer
no ha de encontrar usté en verla.

CLEM. He venido á conocerla,
y la quiero conocer.

RAMON. Pues cálmese usted.

CLEM. Ramon,
la veré con calma. Sé
dominarme, ahogaré
los gritos del corazon.

RAMON. Acaso no haya salido,
y en esos cuartos se encuentre.

CLEM. Puede ser.

RAMON. ¿Quiere usted que entre
á ver... ya que hemos venido?

CLEM. Si, Ramon, corre en su busca.

RAMON. Aqui viene.

CLEM. ¡Es ella! Siento
que al verla, mi entendimiento
mal de mi grado se ofusca.

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¿Buscan ustedes?...

CLEM. (Mirándola con altaneria.) Á tí.
Me has de coser un vestido,
y otro de muestra he traido.

Toma. (Lo saca del lio que trae Ramon.)
ENRIQ. ¿Igual á este?
CLEM. Si.
ENRIQ. ¿Le corre á usted prisa?
CLEM. No.
Cuando puedas.
ENRIQ. ¡Qué desden!
RAMON. ¿Vámonos?
CLEN. Mírala bien:
(Cogiendo febrilmente á Ramon por el brazo, y sin dejar de mirar á Enriqueta.)
¿es mas hermosa que yo?
RAMON. Eso no, aunque algo agraciada
no se puede comparar...
CLEM. No me quieras engañar.
ENRIQ. Fija tiene su mirada, (Ap.)
en mí con obstinacion.
Me dá miedo. ¿Qué mujer?
¿dónde lo he de devolver?
CLEM. Entérala tú, Ramon.
RAMON. Siguiendo esta misma calle,
busca usté una gran fachada,
hace poco restaurada.
Casa del Conde del Valle.
ENRIQ. Casa de gran apariencia.
Sé dónde es, no cabe error.
CLEM. Vas allí, y preguntas por...
la señorita Clemencia.
ENRIQ. ¡Dios mio!
(Deja caer el vestido que tiene en la mano.)
CLEM. Me ha conocido. (Ap.)
ENRIQ. ¡Ella! (Idem.)
RAMON. Compasion me inspira.
CLEM. Vé con mas cuidado, mira
que se te cae el vestido.
ENRIQ. Dispénseme usted.
CLEM. Ya sé
(Dejando caer á plomo las palabras.)
que eres notabilidad
en tu oficio; y la verdad,
por notable te busqué.
Que á tu palabra no faltas

sé, y que con tu trabajo,
aunque nacida muy bajo,
buscas posiciones altas.
Mas te digo sin ficcion,
pues nuestros genios se ajustan,
que me gustas, pues me gustan
mujeres con ambicion.
Tengo esa pasion tambien.
Muéstrame tu ciencia toda
en ese traje de boda.
Sé recompensar muy bien.

ENRIQ. ¿De boda?

CLEM. ¿Te sabe mal?

ENRIQ. ¿Se vá usté á casar?

CLEM. Acaso.

ENRIQ. ¡Qué es lo que escucho! (Ap.)

CLEM. Me caso
con Enrique Sandoval.

ENRIQ. No puede ser. Es mentira.

CLEM. ¿No?

ENRIQ. No lo puedo creer.
¿Enrique? No puede ser.

RAMON. Mi señorita delira. (Ap.)

ENRIQ. Debe ser una impostura.
No lo creo.

CLEM. Jé, jé, jé. (Risa forzada.)

ENRIQ. Á quién ha entregado,
sé su cariño, su ternura.
Nada para usté en su pecho
conserva ya, y no indecisa
la digo...

CLEM. Jé, jé! (Idem.)

ENRIQ. Esa risa
es la risa del despecho.

CLEM. Ya que tan soberbia estás,
ya que con audacia loca
tu insensatez me provoca,
veremos quién puede mas.

ENRIQ. Llevará usté un desengaño.

CLEM. ¿Tú ves qué provocacion? (Á Ramon.)

RAMON. Vámonos.

CLEM Vamos, Ramon.

Esta mujer me hace daño.
(Sale con Ramon por la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, afligida, se sienta junto á la mesa de espaldas al foro.

No puede ser, la vencí,
y me ha querido humillar.
Enrique quiso alcanzar
mi mano; la pidió aqui
¿y no me quiere? Que obre
tan mal Enrique no creo.
Me está engañando el deseo.
Me olvido de que soy pobre.
¿Cómo he de luchar con ella?
Veo morir afligida
en el cielo de mi vida
de mis amores la estrella.

ESCENA IX.

DICHA, ROBERTO con una carta.

ROB. ¿Escribes?
ENRIQ. No escribo, no.
ROB. ¿Qué tienes, que melancólica
te encuentro?
ENRIQ. No tengo nada.
ROB. ¿Quieres engañarme?
ENRIQ. Ahora
ha venido mi rival,
y pretende que la cosa
ese vestido.
ROB. Clemencia
es vengativa.
ENRIQ. Su boda
vá á celebrar con Enrique,
segun dijo; de su boca
lo escuché.
ROB. Está despechada.

Es falso.

ENRIQ. ¿No te equivocas?

ROB. ¿No te ha pedido?

ENRIQ. Ahora mismo.

ROB. Pues fíate de él con toda
seguridad; es honrado,
y que su palabra rompa
sin un profundo motivo
no creo, menos ahora
que concluyó con Clemencia,
y por tí; ciega de cólera
está tu rival, que siempre
ha sido muy orgullosa,
y que hoy lo es mas, por despecho
y por la dolencia crónica
que merced á los disgustos
en ella se desarrolla.

ENRIQ. ¿Está muy enferma?

ROB. Herida
de muerte.

ENRIQ. ¡Pobre señora!

ROB. Voy al correo; hasta luego,
que volveré sin demora.

ENRIQ. Adios, Roberto. No en vano
creia que estaba loca.

ESCENA X.

Al salir ROBERTO entra el CONDE.

ROB. ¿Usté en esta casa, Conde?

CONDE. Busco á Enriqueta.

ROB. Está sola;
allí.

CONDE. He de hablarla en secreto.

ROB. Pues bien, la ocasion es próspera.

CONDE. Hasta luego.

ROB. (No me fio.
Preciso es que yo le oiga.)
(Se oculta en la habitacion de la derecha.)

ESCENA XI.

ENRIQUETA, el CONDE.

CONDE. La veo y al verla empieza
mi planta ya á vacilar.
Y hay razon, vengo á empañar
el pudor de su pobreza.
Es por mi hija, pero al fin
es una accion humillante.
Subir hace á mi semblante
de la vergüenza el carmin.
¿Retroceder debo acaso?...
No, que aqui el deber me fija.
Si he de salvar á mi hija
tengo que dar este paso.
Enriqueta. (Adelantándose hasta ella.)

ENRIQ. ¡Caballero! (Sorprendida.)

CONDE. Á sorprenderla he llegado:
la puerta abierta he encontrado
y...

ENRIQ. ¿Qué quiere usted?

CONDE. ¿Qué quiero?...

ENRIQ. ¿Busca usté á mi madre?

CONDE. No.

ENRIQ. Salió hace poco.

CONDE. ¿Ha salido?
Me alegro de haber venido
cuando su madre salió.
Con usté he de hablar.

ENRIQ. No sé
si debo oirle en ausencia
de mi madre.

CONDE. En su presencia
no hubiera yo hablado á fé.
Deseche usté su temor
y sus prevenciones vanas;
ya vé usted que peino canas,
no vendré á hablarla de amor.
Deseo hablarla en secreto:
tenga usted tranquilidad.

Bien merezco por mi edad
atencion, si no respeto.

ENRIQ. Mi proceder no le asombre.
De sorpresa estoy absorta.
¿Quién es usted?

CONDE. ¿Y qué importa
saber quién soy? Soy... un hombre
que ha nacido en la opulencia,
filántropo sin segundo
busco á los pobres del mundo
y mitigo su indigencia;
y como en socorrer goza
mi alma al necesitado,
á mi palacio han llegado
las virtudes de esta choza.
Sé la vida infortunada
que ustedes pasan aqui,
su honradez yo conocí,
de ustedes no ignoro nada.
Yo en nombre de la equidad,
yo en nombre de la justicia,
si usted me escucha propicia,
haré su felicidad.

ENRIQ. Caballero, no merezco
ni mofa, ni tal placer...
mas claro, quiero saber
si rechazo ó si agradezco.

CONDE. ¿Jamás usted ha soñado
en dejar este aposento,
su trabajo, su sustento
frugal en llanto bañado,
cambiando ese pobre traje,
y esta vida oscura,
y esa quietud sin ventura,
y esa noche sin celaje,
y de repente salir
á un mundo fascinador,
donde un sol deslumbrador
convida á amar y á vivir;
y allí, sin ningun desvelo,
vestir en eterno dia
el corazon de alegria

y el cuerpo de terciopelo,
y en medio de los placeres
tantos... que no tienen nombres,
hacerse amar de los hombres,
y envidiar de las mujeres?
Yo vengo pues á ofrecerla
todo cuanto la he pintado.
Lo que usted ni aun ha soñado
es lo que vengo á traerla;
riqueza.

ENRIQ. Y el aceptar
tan rarísima propuesta,
caballero, ¿qué me cuesta?

CONDE. Nada, querer y olvidar.

ENRIQ. No alcanza mi comprension...

CONDE. Mas claro me explicaré.
Su dicha de usted haré,
mas con una condicion.
Nada es que á nadie reporte
daño; justo es que me explique.
Quiero que olvide usté á Enrique
y salga usted de la córte.

ENRIQ. ¡Que olvide á Enrique!

CONDE. Importuna
es para mí esta pasion;
doy con esta condicion
la mitad de mi fortuna.

ENRIQ. Un fausto deslumbrador
usté ofrecerme procura!
El oro no es la ventura,
la ventura es el amor.
Mi mente en sus devaneos
en el amor solo sueña:
como he nacido pequeña
son pequeños mis deseos.

CONDE. Eso es ilusion no mas
del virginal pensamiento;
el amor vive un momento,
vive el oro mucho mas.
El oro todo lo alcanza;
es tanta su omnipotencia
que hace feliz la existencia

comprando hasta la esperanza.
Razon es que todo calle
cuando á su puerta aparece
la fortuna, y se la ofrece
completa el Conde del Valle.

ENRIQ. ¡El Conde del Valle!...

CONDE. Soy yo.

ENRIQ. ¿Su oro en mis manos pone
y esa infamia me propone
porque en la miseria estoy?
Fuera proceder inmundo.
Esas palabras me ofenden.
Mis amores no se venden
por todo el oro del mundo.
Oirlo solo me afrenta:
¡y noble á usted Dios le hizo!
Por usted me ruborizo
que me propone esta venta.

CONDE. Si usted supiera por qué
no asi me ruborizara.
Compasiva me mirara.

ENRIQ. Ya presumo... ya lo sé.

CONDE. Hago esta proposicion,
aunque el hacerla me aflija,
porque contemplo á mi hija
herida en el corazon.
Amor tambien la enloquece,
y amor á Enrique; sombria,
se agosta de dia en dia;
si no es su esposa, perece.

ENRIQ. ¡Si el oro todo lo alcanza,
si es tanta su omnipotencia
que hace feliz la existencia
comprando hasta la esperanza!

CONDE. La pasion en que se abisma
la tiene á usté alucinada.
Está usted tan obcecada
que se engaña usté á sí misma.
De esto quizá usted se asombre
mientras le dure su error;
mas, hija, llama usté amor
á lo que tiene otro nombre.

¿Por qué hácia Enrique le asalta
un cariño sin medida?
Porque usted busca á su vida
la posicion que le falta.
Es usté á su amor tan fiel,
le profesa tal ternura,
porque de su vida oscura
saldrá por él y con él.
Con franqueza, y sin rubor,
muestre usted su pensamiento,
caiga al agradecimiento
la máscara del amor.

ENRIQ. Si Enrique hubiera nacido
en la mayor indigencia,
como ahora en la opulencia
tambien le hubiera querido.
Porque es mi pasion tan pura,
tan sin interés, que siento
que Enrique sea opulento,
aunque parezca locura.

CONDE. Usted se engaña, hija mia,
dando culto á la belleza
de ese amor, sin la riqueza
muy pronto se extinguiria.
Harto de este mundo sé.
Hay pocos que me aventajen...

ENRIQ. Yo lo juro ante la imágen
(Señalando al retrato.)
de mi madre que nos vé.
Ante ella mis labios muevo
solo con veraz vocablo;
cuando ante esa imágen hablo
á mentir nunca me atrevo.
(El Conde mira el retrato, y le causa una violenta emocion.)

CONDE. ¡Gran Dios, no son ilusiones
que crea la fantasia!
¡Es ella, es ella, Maria!
Reconozco sus facciones.

ENRIQ. El retrato le arrebata,
¿qué es esto?

CONDE. ¡Sus ojos bellos,

sus negrísimos cabellos ,
que el tiempo pintó de plata!
¿Es tu madre?..

ENRIQ. Si.

CONDE. ¡Tu madre!
Mi espíritu se alboroza.
¿Has nacido?...

ENRIQ. En Zaragoza.

CONDE. Tu padre...

ENRIQ. Murió mi padre.

CONDE. ¿Cuentas veinte primaveras?

ENRIQ. Esa es mi edad.

CONDE. ¡Tu edad!

ENRIQ. Si.
del Ebro en la imágen ví
pasar mis horas primeras.

CONDE. Di, Enriqueta, ¿ese collar
que miro con emocion,
termina en un medallon
de la Vírgen del Pilar?

ENRIQ. Mírelo usted.

CONDE. ¡Qué alegria!
Esta es la prenda de amores
que en otros dias mejores
he regalado á Maria.

ENRIQ. ¿Usted, usted á mi madre?

CONEE. Si, pero esto no te aflija,
porque, Enriqueta, eres mi hija.
Abraza, abraza á tu padre.

ENRIQ. ¡Mi padre!

CONDE. Si; en ello insisto,
tu padre.

FNRIQ. Lo creeré.
Si usté es mi padre, ¿por qué,
por qué yo nunca le he visto?

CONDE. El mundo, la sociedad...
cosas que tú desconoces.
¡No te está diciendo á voces
la sangre que hablo verdad!
Ven, ya mis brazos te he abierto;
quiero en ellos convencerte.

ENRIQ. Padre, yo quiero creerte.

CONDE. ¡Hija mia! (La abraza.)
ENRIQ. ¿Será cierto?
¿será cierto?
CONDE. ¡Hija mia!

ESCENA XII.

MARIA entra por el foro, y al ver al CONDE abrazar á su hija, dice con indignacion.

MARIA. ¿Qué es esto?
CONDE. ¡Es ella!
ENRIQ. ¡Mi madre!
dice el Conde que es mi padre.
MARIA. ¡Gran Dios! ¡Eduardo! (Reconociéndose.)
CONDE. Maria.
ENRIQ. ¡Es mi padre! (Á su madre.)
MARIA. Calla, calla.
(Dignidad, que no te venzan.)
CONDE. (Mis recuerdos me avergüenzan,
sufro una ruda batalla.)
ENRIQ. Es...
MARIA. Si. Á tu gabinete.
ENRIQ. Madre.
MARIA. Vete.
ENRIQ. ¡Qué alegria!
Tengo padre todavia.
CONDE. (¡Encuentro á mi hija!)
MARIA. Vete.

ESCENA XIII.

MARIA, el CONDE.

MARIA. Tras tanto tiempo de olvido,
que lo inhumano traspasa,
¿qué buscas hoy en mi casa?
¿Qué buscas? ¿Á qué has venido?
CONDE. Que era tu casa ignoraba,
y hasta ignoraba, Maria,
que aqui una hija tenia
que cerca de mí moraba.

Vine sin vacilacion
con una idea aqui fija.
Maria, tengo otra hija
herida en el corazon.
Amor tambien la enloquece,
y amor á Enrique; sombria
se agosta de dia en dia;
si no es su esposa perece.
Supe que era su rival
Enriqueta; pretendia
ver si á Enrique olvidaria,
y con esperanza tal
mi riqueza la ofrecia
á mi hija, y la desechó.
¡Vale mucho mas que yo,
pues me ha avergonzado aqui!

MARIA. Con insolencia procaz,
fiado en la posicion,
viniste con la intencion
de arrebatarla la paz;
mas por mucho que te aflija,
hará lo que bien me cuadre;
la paz robaste á la madre,
respeta la de la hija.

CONDE. Si, yo respetarla quiero.
¡Es tambien mi hija! ¡Dios mio!
¡Mi pensamiento era impio!
¡Que siempre ame á Enrique! Pero
¡qué digo!... No puede ser.
Asi mato á mi Clemencia;
¡ese amor es su existencia!
¡No sé lo que debo hacer!
De dolor mi alma transida
no tu justicia taladre,
Señor; ¿cómo ser buen padre
si á la vez soy parricida?

MARIA. ¿Por qué eso ayer no pensaste?
¿Has olvidado aquel dia
en que de amor me moria
y en que tú me abandonaste?
Pide á Dios que te perdone;
pero su justicia fija

hace sufrir á tu hija
y que Enrique la abandone;
que si él ingrato abandona
á Clemencia enamorada,
de tu conducta pasada
esta es la digna corona.

CONDE. Si, Maria, ya lo sé:
contigo inhumano he sido,
pero cuanto he padecido,
Maria, perdóname.
Mi amor ha sido profundo,
lo sabes bien, lo mataron;
nuestro amor sacrificaron
las exigencias del mundo.

MARIA. ¿Tambien el mundo exigia
que fueses villano padre
y que huyeses de la madre
que una hija tuya tendria?
En maldecido aislamiento
con Enriqueta quedé;
cuando á su padre llamé
mi voz se llevaba el viento!...
Hoy, padre sin corazon,
hoy que la niña es mujer,
hoy que colma su placer
una entusiasta pasion,
esposa será de Enrique.
Niña tú la abandonaste;
¿quieres que ella por contraste,
mujer, se te sacrifique?
No lo esperes, vano afan;
sufre pesares prolijos:
como trataste á tus hijos
tus hijos te tratarán.

CONDE. ¡Ah! La desgracia, Maria,
hizo tu alma cruel;
asi amargas mas la hiel
que apuro.

MARIA. No es culpa mia.
Remordimiento te asalta
y me atribuyes á mí
la voz que está hablando en tí,

la voz que acusa tu falta.
Mereces tu padecer,
y nace, aunque esto te aflija,
de que engendraste una hija
que no debiera nacer.

CONDE. ¡Maria!

MARIA. Ni una palabra,
concluyamos al momento.
Tu infamia es el instrumento
que mi desprecio te labra.

ESCENA XIV.

El CONDE, despues ENRIQUETA.

CONDE. ¡Ah, qué funesta verdad!
Cuanto martirio me asalta,
ha nacido de mi falta.
¡No existe la impunidad!
La voz interna que siento,
que me culpa y me estremece,
voz que jamás enmudece,
es la del remordimiento.

ENRIQ. ¡Ah, padre!

CONDE. ¡Hija mia!

ENRIQ. Padre,
aunque me mate el dolor,
yo sacrifico mi amor;
que no lo sepa mi madre.

ESCENA XV.

El CONDE, despues ROBERTO.

CONDE. ¡Hija de mi corazon!
Con su acento de dulzura,
á inmolarme su ventura
viene con abnegacion.
¡Cuán criminal yo no he sido
con ella, cuán criminal!
Me devuelve bien por mal.

ROB. No, Conde, todo lo he oido.

CONDE. ¡Roberto!
ROB. ¡Pobre Enriqueta!
Se dejó en este momento
llevar por el sentimiento,
pero eso poco me inquieta;
ya lo pensará mejor.
Que ella no se sacrifique.
¡Condena á muerte á su Enrique
como renuncia á su amor!
CONDE. Aun de los peligros mismos
está mi vida herizada,
huello una senda trazada
sobre dos hondos abismos.
Mis hijas... para que sea
una dichosa, ha de ser
otra infeliz, ¿cómo hacer
la dicha de ambas? idea
cruel, á una de las dos
hago desgraciada; horrible
escucho la voz terrible
de la justicia de Dios,
que me grita, ¡vano afan!
¡Sufre pesares prolijos:
como trataste á tus hijos,
tus hijos te tratarán!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

RAMON, BLASA.

RAMON. ¿Vienes de su cuarto?
BLASA. Si;
ya le pasa. Ha sido débil
el ataque.
RAMON. No seria
como el de anoche; ¡qué fuerte
y qué tenaz!
BLASA. Muy tenaz:
preciso es que te confiese
que me asusté cuando ví
que con la ayuda del éter
volverla en sí no podiamos.
RAMON. Le señorita se muere.
BLASA. No, Ramon, esos desmayos
en ella son muy frecuentes.
RAMON. Sin embargo, Blasa, tanto
el cántaro vá á la fuente
que... ya sabes el refran,
preciso es que al fin se quiebre.
Antes mas de tarde en tarde
los tenia, hoy la acometen

con más frecuencia, y yo temo...
BLASA. Si, ya desde anoche es este
el segundo.
RAMON. Menudean...
Á este paso me parece
que ha de ser corta la vida
de la señorita.
BLASA. Viene
aqui: calla, que no note
que hablamos de su accidente.

ESCENA II.

DICHAS, CLEMENCIA.

CLEM. Decidme los dos, ¿anoche
ha entrado mi padre á verme?
BLASA. No, señorita.
CLEM. ¿No ha entrado?
¿Segun eso instantes breves
permanecí desmayada?
BLASA. Señorita, como siempre.
CLEM. Entonces...
BLASA. No está muy bueno
el señor Conde.
CLEM. ¿Qué tiene?
RAMON. No lo sé; toda la noche
ha velado enteramente,
teniendo luz encendida.
Yo ví el resplandor ténue
desde mi cuarto, y le oia
pasearse, enfurecerse,
y hasta llorar, señorita.
CLEM. Dime, Ramon, ¿ahora duerme?
RAMON. Se levantó con el alba;
ahora está en su gabinete.
CLEM. Vé, pues, al momento y llámale,
dile que deseo verle.
(Váse Ramon.)

ESCENA III.

CLEMENCIA y BLASA.

BLASA. ¿Por qué no se acuesta usted?
CLEM. ¿Por qué quieres que me acueste?
Ya estoy buena.
BLASA. Sin embargo...
CLEM. No repliques, no me inquietes,
Blasa.
BLASA. Bien, cómo usted quiera.
CLEM. Pues quiero estar sola, déjame.

ESCENA IV.

CLEMENCIA, sola.

No hay remedio, he de ceder.
¿Quién lucha contra la suerte?
La fuerza de voluntad
dicen que es omnipotente,
y la mia que es de bronce
y que se rompe y no cede
nada logra. ¡Orgullo humano,
pobre y jactancioso eres!

ESCENA V.

El CONDE, CLEMENCIA.

CONDE. ¿Me has llamado?
CLEM. Si, me han dicho...
CONDE. ¿Qué te han dicho?
CLEM. Que padeces,
que estás enfermo.
CONDE. No es cierto.
CLEM. Tu mismo rostro te vende.
Pálido estás, tu mirada
errante vaga y doliente.
CONDE. Es que he pasado una noche
infernal; sueños crueles

de mí se han apoderado,
y ahora estoy triste, estoy débil.
¡Ah! Tu porvenir, Clemencia...

CLEM. Mi porvenir no te inquiete.
Para arrostrar mi destino
tengo valor suficiente.
Olvidaré: cuando olvide
á Enrique, nada ya puede
oponerse á mi ventura.

CONDE. Clemencia, olvidarle debes;
y aunque yo te lo aconsejo
mi amargo dolor es este.
No lo digas, pero sabe
que hay padres tan delincuentes
que abandonan á sus hijos,
ultrajando sus deberes;
mas tarde ó temprano encuentran
el castigo que merecen,
porque causan la desgracia
de sus mas queridos seres.

CLEM. ¿Qué estás hablando?

CONDE. Que siento
(Llevándose la mano al corazon.)
aqui, si, aqui roerme
ese gusano implacable
que alimenta eternamente
la culpa, el remordimiento.

CLEM. ¡Ah, padre mio! ¿qué tienes?

CONDE. Tengo el amargo dolor
de llegar á convencerme
de que labro tu desgracia,
de que origino tu muerte.

CLEM. Eso no. Seré dichosa:
ninguna culpa tú tienes
de que Enrique me abandone.
Quiero superior hacerme
á mi desventura; pienso,
para conjurar mi suerte,
brillar tanto en ese mundo
brillante, que á mis pies quede
fascinado y que me envidien
las hermosuras mas célebres.

Tanto amor conquistaré
que el perdido no recuerde:
galas y triunfos ansio;
verás cómo vivo alegre.

CONDE. Tú le adoras; por desgracia
le adorarás siempre, siempre.
(Pausa.)
Di, Clemencia, ¿me perdonas?

CLEM. ¿Por qué, si culpa no tienes?

CONDE. Soy muy criminal, Clemencia,
muy criminal; si supieses!...

CLEM. ¡Se trastorna tu juicio!

CONDE. No, no; mi juicio está fuerte.
Es mi conciencia que grita
y el corazon me remuerde.
¡No sé por qué siente el hombre
si solo desgracias siente!

CLEM. ¿Te quejas? No de ese modo,
padre, del cielo blasfemes.
Mayores razones tengo
para quejarme, y advierte
que dignamente soporto
mi carga de padeceres:
mis dias estan tasados;
mas ¿qué me importa la muerte?

CONDE. No, no, Clemencia. La córte
abandonamos en breve.
Recorriendo otros paises
acaso salud encuentres.
Déjame un instante solo.

CLEM. Decidida está mi suerte.

ESCENA VI.

El CONDE, y luego ROBERTO.

CONDE. Su espíritu es indomable.
¡Pero se muere, se muere,
y yo la mato! ¡Dios mio!
¿Hay tormento como este?
¡Roberto!

ROB. Á hablarle he venido.

CONDE. ¡Este hombre! Hablarme usted puede.
ROB. Insiste en unirse á Enrique
aun Enriqueta; conviene
á su ventura esta boda,
y usted, padre complaciente,
no pensará en desunir
dos almas que bien se quieren.
Espero que asi suceda.
CONDE. Viendo que Clemencia muere,
¿no quiere usted que la salve?
ROB. Si la salva, eternamente
vá usté á hacer infortunada
á Enriqueta, que no tiene
mas porvenir que su Enrique
ni otra ilusion que quererle.
CONDE. ¡Horrible verdad! Roberto,
un doble martirio siente
mi corazon. Ningun padre
como padezco, padece.
ROB. Lo comprendo; pero, Conde,
quejarse de esto no debe.
Ha sembrado usted dolores;
estos nunca son estériles,
y han crecido tanto, tanto,
que hoy con su sombra le envuelven.
Lo que se siembra, se coge.
CONDE. Ese es mi tormento, ese.
El mal solo engendra el mal:
si esta verdad aprendiesen
los hombres, por egoismo,
querrian obrar bien siempre.
ROB. Enrique lo sabe todo;
conoce perfectamente
el orígen ilegítimo
de Enriqueta, que aparece
á sus ojos que la adoran
con esa mancha en la frente.
CONDE. Yo la borraré, Roberto;
no es esa mancha indeleble.
Escribí una carta anoche
á mi Maria con este
objeto; escribí una carta

en ella perdon pidiéndola,
brindándome á ser su esposo
y á vivir eternamente
con ella, purificando
á Enriqueta para siempre,
reconociéndola y dándola
el nombre de que carece.

ROB. La llevaré á su destino.
Venga la carta: si fuese
necesaria mi influencia
la interpondré.

CONDE. ¿Usted se ofrece
á llevarla?

ROB. Si.

(El Conde entrega la carta á Roberto, el que la toma.)

CONDE. Mil gracias.

ROB. Hasta despues.

CONDE. Impaciente
esperaré la respuesta.

ROB. La traeré.

CONDE. Próspera suerte.

ESCENA VII.

ROBERTO, solo.

¡Pobre Conde! Él mismo pierde
la ventura de Clemencia,
y acaso hasta su existencia.
El pasado le remuerde.
Ya lo veo. ¡Hay Providencia!
Ella en mi alma ha encerrado
una vehemente pasion,
y á vencerla me ha enseñado:
ella, justa, me ha dotado
de noble resignacion.
Creen que amor en mí no cabe,
(Llevándose la mano al corazon.)
cuando un cariño profundo
guardo aqui. El mundo qué sabe?
Jamás descifrará el mundo

de mi corazon la clave.

ESCENA VIII.

ROBERTO, ENRIQUETA con el envoltorio que sacó Clemencia en el acto segundo, que deja sobre una silla.

Enriq. ¡Roberto!
Rob. ¡Tú aqui, tú aqui!
Enriq. Por un instante he venido
á volver ese vestido
que nunca tomar debí.
Como no lo vió mi madre...
Rob. ¿No has venido á nada mas?
Enriq. Roberto, quise ademas
venir á ver á mi padre,
y mi madre se oponia.
Rob. Y se opone con razon:
teme de tu abnegacion
un sacrificio que haria
nula tu felicidad.
Enriq. Tú no sabes por lo visto...
que yo... de querer desisto
á Enrique.
Rob. Eso no es verdad.
Enriq. Si, mi lenguaje es sincero,
friamente he contemplado
mi posicion, y... he pensado...
decirle... que no le quiero.
Rob. ¿Sabiendo que á Enrique adoras,
que yo... te crea pretendes?
¡Pobre Enriqueta! Te vendes.
¡Por qué lloras! ¡por qué lloras!
Enriq. No, no...
Rob. Lo ocultas en vano.
Habla con ingenuidad;
dime toda la verdad.
Recuerda que soy... tu hermano.
Enriq. Tan desigual casamiento
venturosa no me haria...
Enrique... me olvidaria.
Rob. Estás mintiendo.

ENRIQ. No miento.
ROB. Permíteme que te arguya,
y haga tu idea ilusoria.
Como has sabido tu historia,
te resistes á ser suya
por delicadeza.
ENRIQ. No.
ROB. Pues esa razon tan triste
no existirá, si ahora existe,
que de eso me encargo yo.
Vé tú y habla con tu padre,
al momento volveré
y sé que aqui te hallaré.
Tengo que hablar con tu madre.
Hasta luego.
ENRIQ. Adios, Roberto.
ROB. (¡Tan bella y tan virtuosa!
Tengo de hacerla dichosa.
¡Corazon, valor y acierto!)

ESCENA IX.

ENRIQUETA, sola.

Mi vida será un suplicio
privada de su querer,
pero cumplo mi deber;
inmenso es el sacrificio.

ESCENA X.

DICHA y CLEMENCIA.

CLEM. ¿Tú aqui! ¿Vienes á volverme
la visita?
ENRIQ. ¡La visita!
Soy mas noble, señorita.
CLEM. ¿Has venido á escarnecerme?
ENRIQ. Tome usted. (Señalando el lio.)
CLEM. Bien está ahí.
ENRIQ. Que usted me aborrezca siento:
Venia con el intento

de darla consuelo.

CLEM. ¿Á mí?

ENRIQ. Si; yo sé que se mitiga
si se divide el pesar.
Le puede usted mitigar
en los brazos de una amiga.

CLEM. Mi dolor es tan profundo,
que en mi alma ha echado raices;
hay penas tan infelices
que nada alivia en el mundo.
Hoy que con capa de nieve
se cubren los corazones,
hoy que el que siente pasiones
á ostentarlas no se atreve,
cubriéndolas con empeño,
y el mundo las desatiende,
pues nada grande hoy comprende
porque hoy el mundo es pequeño;
consuelo no he de esperar.
Nadie á mi dolor sonrie,
que á esta sociedad que rie
la dá risa ver llorar.

ENRIQ. En ella yo no he nacido;
del monte en la soledad
con dulce tranquilidad
mi niñez ha transcurrido.
Amor y delicadeza
en mí se ha desarrollado,
porque á mí me ha amamantado
la madre naturaleza.
Con ella aprendí yo á amar
como en el mundo se ignora,
y á llorar con el que llora;
porque tambien sé llorar.

CLEM. Vas á decirme al momento,
ya que te expresas asi,
ya que te veo ante mí
maestra en el sentimiento:
¿qué filtro á beber has dado
á Enrique que lo enloqueces?
¿Qué mágia es la que le ofreces
que lo tienes encantado?

¿Qué iman le puede llevar
fascinado y sonriendo
tras de tí, como corriendo
el rio vá tras del mar?

ENRIQ. Yo no encuentro explicacion.
Yo le he ofrecido cien veces,
de niña, mis candideces,
de mujer, mi corazon.
Solo él turbó la quietud
de mi alma, y ha despertado
mi sentimiento impregnado
de aroma de la virtud;
y es tan tierno y tan fragante
mi virginal sentimiento,
que lo ha aspirado contento,
que lo ha deseado amante.
Por él me dió su albedrio,
por creer, y en esto no yerra,
que sobre la haz de la tierra
no hay otro amor como el mio.

CLEM. Sarcasmo horrible, cruel.
¿Ignoras lo que le quiero?
Tú no sabes que me muero,
y que me muero por él.
Mi dolencia solo está
en mi alma, y ella se queja.
¡No es el cuerpo el que me deja,
el alma es la que se vá!

ENRIQ. (¡Gran Dios!)

CLEM. Hablándote asi,
de mi amor no has de dudar;
tú, que pretendes amar,
tienes que aprender de mí.

ENRIQ. Escúcheme usté un momento,
pero escúcheme con calma,
que quiero abrirle mi alma,
y abrirle mi pensamiento.
Nacida en humilde cuna,
huérfana y abandonada,
me ví un dia rodeada
de halagos de la fortuna.
Un hombre me brindó amparo

con riqueza y con ternura,
queriendo mi noche oscura
convertir en dia claro;
y yo acepté su pasion
amándole con delirio,
pero causaba el martirio
de otro amante corazon,
y desistí de quererle,
y renuncié á ser su esposa,
negándome á ser dichosa:
pues ya no quise deberle
ni su generoso amparo,
ni cariño, ni ternura,
y quedé en mi noche oscura
renunciando al dia claro.
Y eso que un filtro le dí
con el que aun le enloquezco,
y tanta mágia le ofrezco
que está encantado por mí.
Y eso que vino á buscar
mi iman que le vá atrayendo
y vá tras de mí corriendo
como el rio tras del mar.

CLEM. Calla, que oyéndote asi
pierdo el juicio, déjame,
vete, sí, vete, porque
no seré dueña de mí.
No me lo nombres, me agravia
ver en tí esa abnegacion
y trastornan mi razon
los celos. ¡Vete!

ENRIQ. ¡Ah!

CLEM. (¡Oh rabia!)

ESCENA XI.

DICHAS, el CONDE que ha oido lo último del diálogo.

CONDE. ¡Clemencia! Hija. (Á Enriqueta.)

ENRIQ. ¡Padre mio!
(Echándose en sus brazos.)

CLEM. ¡Su padre!

CONDE. No es frase vana;
porque Enriqueta es tu hermana.
CLEM. ¡Ella, mi hermana!
CONDE. Confio (Ap.)
en que me perdonará.
Sorpresa te habrá causado
haber una hermana hallado,
mas... tiempo de que hable es ya.
Reclamo vuestra atencion.
Hijas mias, escuchadme.
Sois mis jueces, sentenciadme
cuando oigais mi confesion.—
Joven, opulento, ocioso
vivia en la sociedad,
con la inmensa libertad
que dá el mundo al poderoso,
cuando un dia conocí
á una jóven hechicera
y humilde. ¡Nunca la viera
ya que por su mal la ví!
La amé y me amó, y encontrados
en diversas posiciones,
juntamos dos corazones
que nacieron separados.
En la pobreza vivia
ella, en la opulencia yo.
¡Cuánto tu madre me amó!
ENRIQ. ¡Mi madre!
CONDE. ¡Pobre Maria!
CLEM. ¡Su madre!
CONDE. Yo vil y ciego,
sin comprender todo el daño
que hice, la dí el desengaño
de arrebatarla el sosiego
abandonándola; ingrato
fuí esposo de otra mujer.
Debil fuí al obedecer
de mis padres el mandato,
y Maria abandonada,
al ver mi deslealtad,
en horrible soledad
quedó la pobre, entregada

á ese tormento sin nombre,
al bochorno del cariño.
Pájaro en manos de niño
es la mujer para el hombre. (Pausa.)
En soledad tan sombria
naciste furtivamente,
llevando impresa en la frente
una mancha que es la mia.
Mas pronto el puro arrebol
de la inocencia obtendrás,
y la frente ostentarás
mas limpia que la del sol.
Te lo juro, sin demora
cuando yo te rehabilite
y tu perdon solicite...

ENRIQ. ¡Mi perdon! tómale ahora
en mis brazos. (Abrazándose.)

CONDE. Hija mia,
este dichoso momento
quita á mi remordimiento
la hiel de que se nutria.—
Clemencia, tú eres mi juez:
ya que conoces mi falta,
y el tormento que me asalta
humillando mi altivez:
ya que triste y suplicante
mi pasado te confio
y á la hija de mi extravio
tienes humilde delante;
ya que siempre te abandonas
á generosas ideas
y en ser noble te recreas,
¿me perdonas?

ENRIQ. ¿Nos perdonas?

CLEM. De tan hermosa emocion
sintiéndome estoy ufana:
un abrazo... ¡eres mi hermana!

CONDE. ¡Hijas de mi corazon! (Las abraza.)

ENRIQ. No extrañeis que conmovida
mi lengua á hablar no se preste,
porque instantes como este
no he disfrutado en mi vida.

Huérfana que al mundo sale
sola en el mundo viví,
hoy ya no, ya siento aqui
lo que la familia vale.
Y en este seno que ciño
dejo, con fraterno lazo,
mi amante por un abrazo,
mi dicha por un cariño.

CLEM. ¡Hermana!

CONDE. Viendo á las dos
abrazadas, enmudece
mi dolor, y me parece
que me ha perdonado Dios.

ESCENA XII.

DICHOS, ROBERTO.

ROB. Enrique viene conmigo,
en la antesala quedó
hasta que usted le permita
venir á esta habitacion;
desea hablar con usted.

CONDE. Tambien lo deseo yo.
Hijas, dejadme un momento.

CLEM. Ven conmigo.

ENRIQ. Vámonos.

ESCENA XIII.

El CONDE, ROBERTO.

ROB. Conde, he cumplido fielmente
la agradable comision
que llevé para Maria,
y...

CONDE. Roberto, ¿acepta ó no?

ROB. Acepta, si.

CONDE. Soy dichoso.

ROB. Mas con una condicion.
Entregará á usted su mano
llevada por el amor
á Enriqueta, porque quiere

ver su legitimacion,
y que el mundo la respete,
ya que es digna de este honor.
Maria, vida comun...

CONDE. ¿Conmigo no quiere?

ROB. No:
quiere vivir separada
y oscura como hasta hoy,
de su trabajo, y reclama
á su hija.

CONDE. ¡Qué obcecacion!
Si ella se niega á pisar
mi casa, Enriqueta no;
y ha de vivir con su padre,
con fausto y con esplendor,
no en la miseria, en que quiere
hundirla la obstinacion
de su madre.

ROB. Aqui jamás
vendrá ella.

CONDE. Ese es un rigor
incomprensible en Maria,
no tiene en eso razon.

ROB. Enrique estará impaciente.

CONDE. Tambien impaciente estoy
por hablarle. (Toca el timbre.)

ROB. ¿Hablo á Enriqueta
de su legitimacion? (Sale Ramon.)

CONDE. Si, si. Que entre don Enrique.

ROB. ues, Conde, á enterarla voy. (Se vá.)

ESCENA XIV.

El CONDE, ENRIQUE.

ENRIQUE. Conde.

CONDE. Adelante.

ENRIQUE. Maria
me refirió de Enriqueta
toda la historia secreta
que yo hasta hoy no sabia;
y de su cariño ufano,

señor Conde, aqui he venido,
entre alegre y sorprendido,
á pedir á usted su mano.
Su mano recibiré
como á mi clase conviene
con un nombre que no tiene
y es fuerza que usted le dé.

CONDE. Mi apellido llevará
mi hija, que lo sea quiero
á la faz del mundo entero.
La he reconocido ya.
No es este un título vano,
sino que en la ley reposa,
Maria será mi esposa
que ya ha aceptado mi mano;
y será segun derecho
legítima mi Enriqueta;
su porvenir no me inquieta.
¿Está usted ya satisfecho?

ENRIQUE. Mucho, Conde, mucho; soy
feliz y ella lo será.

CONDE. Si usted satisfecho está,
yo satisfecho no estoy.
Si usté á reclamar se atreve
un nombre para mi hija,
no extrañe usted que le exija
todo lo que usted me debe.

ENRIQUE. Yo...

CONDE. Usté en años anteriores
se ha dirigido á Clemencia,
y ha infiltrado en su existencia
la sávia de sus amores.
Es su delirio mayor
la pasion que usted la inspira,
y gozó de la mentira
de este recíproco amor
cuatro años constantemente
que usted pasion le ha fingido,
pasion que ha desvanecido
huyendo traidoramente
y clavándola un puñal
en medio del corazon;

que un puñal es la pasion
que abre su herida mortal.
Es preciso que sucumba
su existencia desgraciada;
al dejarla abandonada,
usted ha abierto su tumba.

ENRIQUE. ¿Yo, Conde?

CONDE. No he concluido.
La dá usté en esta ocasion
la vida con su pasion
y la muerte con su olvido,
y no tan solo la olvida,
sino que frívolo y vano
quiere usté entregar su mano
á otra hija mia querida.
Brota de su inconsecuencia
este dolor que me asalta,
que me recuerda mi falta
y que asusta mi conciencia.

ENRIQUE. ¿Acaso soy yo culpable
de su funesto extravio?
Si yo he errado, el yerro mio
es mucho mas disculpable.

CONDE. Si yo inhumano he faltado,
ya cuenta á Dios he rendido,
y me creo redimido
porque mi falta he purgado.
Esto á usted no le disculpa
de su yerro criminal.
En mi dolor paternal
quiero examinar su culpa;
porque mucho me atormenta,
y acaso mi alma taladre:
con el derecho de padre
voy á pedirle á usted cuenta.
Mire usted la alternativa
á la que usted me sujeta:
si abandona usté á Enriqueta,
hace que Clemencia viva;
pero Enriqueta tendrá
desventurada existencia.
Si abandona usté á Clemencia,

Clemencia no vivirá.
Á ver si sale usted sano
de este círculo de fuego,
en donde arde mi sosiego,
que usted encendió inhumano.
¡Oh! sáqueme usted ileso
de este fatal laberinto,
en cuyo oscuro recinto
mi amor de padre está preso.

ENRIQUE. Conde, yo...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CLEMENCIA, ENRIQUETA y ROBERTO.

ENRIQ. No, Enrique, yo
vengo aquí á romper con calma
el doble lazo que el alma
de mi padre aprisionó.
Será feliz mi existencia
sin tí, ya tengo familia,
que Dios todo lo concilia:
dále tu mano á Clemencia.

CLEM. Nunca, jamás.

ENRIQUE. (Ya perdida
veo mi amante confianza.)

ROB. (Dios es grande. La esperanza
(Como respondiendo á un pensamiento íntimo.)
se abandona con la vida.)

ENRIQ. Pues bien, Enrique, óyeme.
Tu conducta desleal
te ha perdido, obraste mal,
se ha resbalado tu pié,
y caes, justa es tu caida:
y aunque ella á caer provoca
á una mujer que ama loca
y á otra mujer que no olvida,
resignacion nos dá Dios.
Por tu conducta importuna
no será tuya ninguna,
y... te queremos las dos.

ENRIQUE. (Ap.) No olvidaré la leccion.

ROB. (¡No parece que en mí cuadre
este gozo¡)

CLEM. ¡Padre!

ENRIQ. ¡Padre!

CONDE. ¡Hijas de mi corazon!

(Quedan abrazados formando grupo, y cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 26 *de Febrero de* 1863.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

y María.
d en 1818.
idá vista de pájaro.
sobre hojuelas.

y Blanco.
uno se entiende, ó un hom-
tímido.
za contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

pla.

ósito de enmienda.
rá rio revuelto.
lla y por él.
heridas las de honor, ó el
gravio del Cid.
a puerta del jardin.
oso caballero es D. Dinero.
los veniales.
io y castigo, ó la conquis-
de Ronda.

convido al Coronel!...
n mucho abarca.
suerte la mia!
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

lica y Medoro.
as de buena ley.
al mas feo.

eyina la Gitana.
do y Marte.
o y Flora.

isenando.
a Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
dor.

achiller.
octrino.
nsayo de una ópera.
alesero y la maja.
erro del hortelano.
Ceuta y en Marruecos.
on en la ratonera.
ltimo mono.
dos de carnaval.
elirio (drama lírico.)
ostillon de la Rioja *(Música)*
izconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.	Lucena	Cabeza.
Albacete	Perez.	Lugo	Viuda de Pujol.
Alcoy	Martí.	Mahon	Vinent.
Algeciras	Almenara.	Málaga	Taboadela.
Alicante	Ibarra.	Idem	Moya.
Almeria	Alvarez.	Mataró	Clavel.
Avila	Lopez.	Murcía	Hered. de Andrion.
Badajoz	Ordoñez.	Orense	Robles.
Barcelona	Sucesor de Mayol.	Orihuela	Berruezo.
Idem	Cerdá.	Osuna	Montero.
Bejar	Coron.	Oviedo	Martinez.
Bilbao	Astuy.	Palencia	Gutierrez é hijos.
Burgos	Hervias.	Palma	Gelabert.
Cáceres	Valiente.	Pamplona	Barrena.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.	Pontevedra	Verea y Vila.
		Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena	Muñoz Garcia.	Reus	Prius.
Castellon	Perales.	Ronda	Gutierrez.
Ceuta	Molina.	Salamenca	Huebra.
Ciudad-Real	Arellano.	San Fernando	Martinez.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.	Sanlúcar	Esper.
Córdoba	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Coruña	Lago.	Santander	Hernandez.
Cuenca	Mariana.	Santiago	Escribano.
Ecija	Giuli.	San Sebastian	Garralda.
Ferrol	Taxonera.	Segorbe	Mengol.
Figueras	Bosch.	Segovia	Salcedo.
Gerona	Dorca.	Sevilla	Alvarez y Comp.
Gijon	Crespo y Cruz.	Soria	Rioja.
Granada	Zamora.	Talavera	Castro.
Guadalajara	Oñana.	Tarragona	Font.
Habana	Charlain y Fernz.	Teruel	Baquedano.
Haro	Quintana.	Toledo	Hernandez.
Huelva	Osorno.	Toro	Tejedor.
Huesca	Guillen.	Valencia	Mariana y Sanz.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.	Valladolid	H. de Rodriguez.
Jaen	Idalgo.	Vigo	Fernandez Dios.
Jerez	Alvarez.	Villan.ª y Geltrú	Creus.
Leon	Viuda de Miñon.	Vitoria	Illana.
Lérida	Sol.	Ubeda	Bengoa.
Logroño	Verdejo.	Zamora	Fuertes.
Lorca	Gomez.	Zaragoza	Lac.